

*Qué
se sabe
de...*



Las mujeres en los orígenes del cristianismo

Elisa Estévez

evd

Índice

Prólogo	7
Primera parte: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?	11
Introducción	13
1. «Ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos de futuro» (Simone Weil)	15
1.1. Un nuevo comienzo: «tejer un nuevo paradigma de interpretación»	16
1.2. Críticas de antijudaísmo a los posicionamientos feministas cristianos	19
1.3. Mundo grecorromano y vida de las mujeres	21
1.4. La aportación de las ciencias sociales	22
1.5. El acceso a las fuentes primarias	26
2. Jalones en el proceso de reconstrucción de las vidas de las mujeres en los orígenes cristianos	28
2.1. Evangelios y Hechos de los Apóstoles	32
2.2. Relevancia de los estudios paulinos en la reconstrucción de la vida de las mujeres cristianas	36
a) Pablo	36
b) Las mujeres en los escritos deuteropaulinos (códigos domésticos) y en las Pastorales	38

2.3. Literatura no canónica	41
2.4. Padres apostólicos	45
Segunda parte: ¿Cuáles son los aspectos centrales del tema?	47
1. Presupuestos metodológicos básicos	51
1. Escasez de fuentes disponibles	51
2. Más mujeres con capacidad de significar de las que aparecen nombradas	54
3. Realidad histórica y estrategia retórica	57
4. Las mujeres como sujetos y no como objetos	59
5. Dinámicas orales y escritas	63
6. Paradigmas de interpretación de mujeres y varones en la Antigüedad	65
6.1. Primer modelo: Adán y Eva	66
6.2. La mujer como tierra fértil	67
6.3. El mito de Pandora	68
6.4. El modelo de «un sexo»	69
a) Cuerpos diferentes	70
b) Expresión de las identidades personales	72
2. Las mujeres en el movimiento de Jesús	75
1. Mujeres históricas en el movimiento de Jesús	75
1.1. Listas de mujeres en el relato de la crucifixión	76
1.2. Listas de mujeres en las narraciones del entierro, la tumba vacía y las apariciones	80
1.3. ¿Qué datos conocemos acerca de la identidad de estas discípulas?	83
a) María Magdalena	83
b) Salomé	84
c) María, la madre de Santiago y Joset	85
d) Juana	85
e) María de Clopás o Cleofás	86
f) La madre de los Zebedeos	88
1.4. Mujeres creyentes que dan testimonio del Resucitado	88
1.5. Mujeres y evangelización en Juan	90
1.6. María, la madre de Jesús	91

3. Mujeres y comunidades creyentes	93
1. Mujeres narradas en los evangelios	93
1.1. Las mujeres en el evangelio de Mateo	93
a) Una nueva familia	94
b) Eunucos por el Reino de los cielos (Mt 19,22)	95
c) No repudiar a una mujer por cualquier motivo	98
d) Encuentros sanadores entre Jesús y las mujeres	100
e) Una palabra sobre la suegra de Pedro y la cananea ..	102
1.2. Las mujeres en el evangelio de Marcos	106
a) Importancia de las mujeres sanadas	107
b) La mujer que unge a Jesús (Mc 14,3-9)	113
1.3. Las mujeres en el evangelio de Lucas	114
a) Mujeres profetas	117
b) Mujeres benefactoras	118
c) Mujeres sanadas	121
1.4. Las mujeres en el evangelio de Juan	124
4. Mujeres ricas que ponen sus casas a disposición del movi- miento cristiano	129
1. Atracción de las mujeres ricas al cristianismo	129
1.1. Una mirada al mundo grecorromano en el período helenístico romano	129
a) Benefactoras con reconocimiento social	130
b) Mujeres educadas	131
c) Ambigüedad de la percepción social	133
1.2. Inconsistencia de estatus y búsqueda de una nueva identidad	136
1.3. Experiencia creyente	138
2. Casas cristianas y mujeres	141
2.1. Funciones dirigentes de mujeres que ponen sus casas a disposición de la comunidad	147
a) Dar hospitalidad, una muestra del matronazgo fe- menino	150
b) Identidad comunitaria y hospitalidad	154
2.2. Los códigos domésticos, una visión diferente de las mujeres en la familia y en la casa	156

a) La estructura familiar en la tradición marcana	159
b) Los códigos domésticos en la tradición deutero-paulina	160
c) Los códigos domésticos en las Pastorales	165
d) El código doméstico de 1 Pe 3,1-7	166
e) Los códigos domésticos en los Padres apostólicos ..	167
5. Mujeres, animación comunitaria y evangelización	171
1. Funciones dirigentes de mujeres vinculadas a los equipos misioneros	171
1.1. Mujeres solas o trabajando en equipo	172
a) Colaborar y trabajar por el Evangelio	172
b) Colaboradoras que se afanan por el Evangelio	174
1.2. Parejas de misioneros	178
a) María y Cleofás	179
b) Prisc(il)a y Aquila	181
c) Junia y Andrónico	184
1.3. Tecla: un modelo atrayente de colaboración en la misión	185
2. Tarea evangelizadora de las mujeres en las familias	191
2.1. Educar cristianamente a los hijos e hijas	191
2.2. Ser evangelizadoras en los matrimonios con no creyentes	192
2.3. El papel de las esclavas cristianas en las familias	196
a) Esclavos creyentes en los grupos familiares	198
b) Posibilidades y dificultades de las esclavas en los grupos familiares	201
3. Evangelización de las mujeres en la profesión	203
4. Sufrir por causa del evangelio: persecución y martirio	205
4.1. Mujeres helenistas perseguidas	206
4.2. Persecuciones por parte del poder romano	208
4.3. Mujeres mártires	209
a) Blandina	211
b) Perpetua y su esclava Felicidad	213
c) Tecla	215
6. Mujeres y organización comunitaria: oficios eclesiales, orden de las vírgenes y profecía	217

1. Mujeres diáconos	217
1.1. Febe, una mujer diácono de Céncreas	218
1.2. Mujeres diáconos en la primera carta a Timoteo	220
1.3. Esclavas diáconos en Asia Menor	221
1.4. Mujeres diáconos en misión con sus esposos	222
1.5. Ministras al estilo de Febe	223
1.6. La institución del diaconado femenino en el siglo III	224
2. El orden de las viudas	226
2.1. Antecedentes	226
2.2. Los inicios del orden de las viudas	229
2.3. El grupo de las viudas en el siglo II	232
2.4. Los conflictos en las comunidades del siglo III con las viudas	237
3. El ascetismo femenino	241
4. Mujeres profetas en el movimiento cristiano	248
4.1. Hijas profetas de Felipe	249
4.2. Mujeres profetas en Corinto	250
4.3. Mujeres profetas en el Apocalipsis	255
4.4. Profetisas del movimiento de la Nueva Profecía (mon- tanismo)	255
Tercera parte: Cuestiones abiertas en el debate actual	261
1. Aspectos metodológicos	264
2. Núcleos temáticos	269
2.1. Experiencia teológica y creyente de las mujeres	269
2.2. Interrelación entre varones y mujeres, y cooperación en- tre mujeres	270
2.3. Mujeres casadas	271
2.4. La función sanadora de las mujeres	272
2.5. Mujeres cristianas y esclavitud	272
2.6. La función de los <i>exempla</i> de mujeres	273
Cuarta parte: Para profundizar	275
1. Relevancia actual del tema	277
2. Bibliografía	287
Bibliografía escogida y comentada	287

Prólogo

No es extraño todavía hoy que entre la gente de la calle o incluso en los diferentes colectivos cristianos se ponga cara de extrañeza cuando se nombran algunas de las primeras mujeres cristianas, como Pérside, Julia, Febe o Evodia y Síntique, por mencionar a algunas. Es verdad que las investigaciones de los últimos cuarenta años han sacado a la luz las *identidades en contexto* de las primeras mujeres cristianas, que se han realizados tesis doctorales y se han escrito monografías centradas en los evangelios, o en las cartas de Pablo, o en Hechos, etc. Pero también es cierto que una gran parte del conocimiento adquirido y sobre el que se sigue trabajando no ha sido convenientemente divulgado ni dado a conocer en ambientes seculares y creyentes no académicos.

Este libro pretende ofrecer una visión de conjunto sobre las primeras mujeres cristianas y sobre la trayectoria investigadora en esta temática hasta el día de hoy. Pero, además, como sucede con todos los demás volúmenes de la colección, cuenta con una parte donde se apuntan algunos de los núcleos temáticos que están en estudio y requieren una ulterior profundización, y otra en la que se destaca la

relevancia para la vida social y eclesial. Por último, en el libro se ofrece una bibliografía comentada de obras de autoría española, o bien traducidas, cuya lectura puede enriquecer las informaciones que se ofrecen en este volumen.

¿A quiénes nos estamos refiriendo cuando decimos «primeras mujeres cristianas»? La expresión en sí misma no es del todo clara, y es necesario, por ello, que ya desde el principio evidenciamos cuál es el período histórico que abarcaremos. En este libro nos centramos en lo que hoy se denomina «proceso formativo del cristianismo», es decir, en los orígenes del cristianismo. Estos orígenes abarcan desde los comienzos del siglo I hasta la segunda mitad del siglo II, cuando se encuentran ya una serie de elementos (creencias, ritos, restos materiales, liturgias, desarrollos teológicos, comunidades con mayoría de gentiles y liderazgo cada vez mayor de conversos gentiles) que hablan del movimiento de seguidores de Cristo como una realidad claramente diferenciada del judaísmo, y que es reconocida en el mundo grecorromano como un grupo distanciado de la sinagoga. Más aún, a finales del siglo II puede considerarse que tenemos ya un amplio consenso en las comunidades cristianas sobre la mayoría de los escritos del Nuevo Testamento. La afirmación de sus propias Escrituras fue básica en el distanciamiento del movimiento judío. El cristianismo primitivo no es objeto de nuestro estudio, ya que este comienza a partir del siglo IV, si bien la realidad que entonces se forja, se asienta en importantes desarrollos que se dan en el siglo II.

Durante los orígenes cristianos encontramos una diversidad de grupos de creyentes en Cristo, cuya existencia se desenvuelve a lo largo de tres generaciones cristianas: la primera generación cristiana (30-70 d.C.), la segunda (70-110 d.C.), la tercera (110-150 d.C.) y la cuarta generación cristiana (150-190 d.C.). La característica de este panorama es la «policromía», es decir, que ante nuestros ojos se va

desarrollando un tejido con pluralidad de colores y tonalidades que nacen de una misma fe y un mismo amor. En estos siglos podemos distinguir lo que se ha denominado el movimiento cristiano «protoortodoxo», es decir, aquel que en el correr del tiempo se impondrá en los dos siglos siguientes, y que tiene ya en germen las creencias y prácticas características del cristianismo clásico y «ortodoxo» posterior. Es importante, no obstante, decir que este cristianismo «protoortodoxo» del siglo II no es uniforme, ya que admite una diversidad aceptable.

Pero junto a este cristianismo se encuentran también otros grupos catalogados de heterodoxos, como valentinianos, gnósticos, etc. que constituyen lo que conocemos como «diversidad radical».

En algunos de los contenidos tratados ha sido necesario pasar al siglo III para ofrecer una imagen un poco más completa, como por ejemplo, en el caso de las mujeres diáconos y de las viudas.

No es infrecuente encontrar que muchos estudios que rescatan el papel de las mujeres en los primeros siglos del cristianismo se centren sobre todo en los siglos III y IV, cuando algunas funciones como el diaconado femenino se desarrollan más. Sin embargo, los dos primeros siglos representan un período importantísimo para comprender cómo se fue tejiendo el protagonismo o la marginación de las mujeres.

Una palabra sobre la segunda parte del libro: «¿Cuáles son los aspectos centrales del tema?». En primer lugar, se ha incluido un capítulo sobre metodología. En él se aportan aspectos que explican los avances que se han dado en estos estudios. A continuación se van explicando los contenidos sobre el tema de este libro. A lo largo de esos capítulos iremos descubriendo desde las mujeres en el movimiento de Jesús, a las mujeres que ponen a disposición del movi-

miento cristiano sus casas, que ejercen como benefactoras de personas y grupos, que practican la hospitalidad, que se incluyen en los equipos misioneros del apóstol Pablo, comprometiéndose en la animación de las comunidades y en la evangelización, que desempeñan tareas como diáconos, profetas, que eligen el ascetismo, y que se integran en el grupo de las viudas. Los datos con los que contamos nos permiten verlas integradas y comprometidas en sus comunidades, afrontando los conflictos que surgieron dentro y fuera de sus grupos. No tenemos «fotografías fijas» de sus existencias, sino en proceso. La riqueza que ofrecen los escritos de los siglos I-II, a pesar de ser fragmentarios, es indudable.

Todos estos capítulos no han de leerse necesariamente seguidos. Cada persona puede elegir por dónde comenzar, cuáles son aquellos aspectos de los que le gustaría conocer más o sobre los que tiene más preguntas. En cualquier caso, la invitación es a sumergirse en esta parte de la historia del cristianismo, «acompañado/a» de las mujeres con rostro que los documentos nos han dejado, y percibiendo la novedad que se descubre, enriquece e ilumina cuando nos atrevemos a «cambiar las lentes» para mirar.

Introducción

El interés por las mujeres en los albores del cristianismo tiene ya una larga trayectoria, si bien los puntos de vista desde los que los autores se han aproximado a ellas han sido muy diferentes, e incluso podríamos decir que, en algunos casos, contrapuestos. Ya la literatura cristiana primitiva retomó alguna de las figuras más significativas, por ejemplo, de los evangelios y de las comunidades paulinas, para proponerlas como *exempla* en su manera de concebir la fe cristiana. Algunas figuras como las de Tecla, o María de Magdala, han pervivido en la memoria de los documentos cristianos a lo largo de los siglos, y han sido también objeto de recuperación por parte de las mismas mujeres.

No es nuestra intención dar razón de esta larga trayectoria, sino centrarnos en las referencias más significativas que desde finales del siglo XIX y principios del XX, abordaron esta cuestión en el mundo académico. Es entonces cuando ven la luz los grandes movimientos emancipatorios, y cuando en concreto las mujeres alzaron su voz contra todo tipo de opresión en la sociedad y en las iglesias. Es también el momento en el que las mujeres comenzaron su andadura teológica y

exegética en la investigación y en los círculos académicos (en principio, solo femeninos), entrelazada, además, con un renovado compromiso en la praxis eclesial. No obstante, conviene ya señalar que el movimiento teológico y bíblico feminista en Estados Unidos y en Europa se desarrollará con fuerza a partir de los años setenta.

Previo a este momento, el interés por las mujeres del Nuevo Testamento y de los primeros siglos del cristianismo diferirá del que tendrá más adelante la hermenéutica bíblica feminista, aunque algunos de estos estudios serán un punto de referencia por la cualidad de sus análisis históricos y literarios (por ejemplo, el de Harnack, en su obra sobre la reconstrucción del cristianismo antiguo de 1902). Son, no obstante, pocos en número y mayoritariamente realizados por varones. Además, es raro encontrar en ellos la pregunta por las actitudes que los textos revelan hacia las mujeres o por la participación de estas en la religión bíblica.

Entre estos estudios, destacamos algunos, como los del famoso historiador y teólogo protestante alemán Adolf von Harnack de 1900, sobre las dos recensiones de Prisca y Aquila en Hch 18,1-12; el artículo «La difusión entre las mujeres», en su obra *Misión y expansión del cristianismo en los tres primeros siglos* (1906), completada en ediciones posteriores en 1915 y 1924; o la monografía del discípulo de Harnack, Leopold Zscharnack, *El servicio de las mujeres en los primeros tiempos de la iglesia* (1902). Asimismo conviene citar el artículo de Erling Laland, «La perícopa de Marta y María en Lc 10,38-42» (1959); o el artículo de Martin Hengel, «María Magdalena y las mujeres que dieron testimonio» (1963), en el que identificó, apoyándose en estudios previos sobre el Jesús histórico, a las mujeres de Lc 8,1-3 como un grupo autónomo dentro del círculo de los apóstoles; o el artículo «El lugar que ocuparon las mujeres en la iglesia de Filipos», de W. Derek Thomas (1972). No faltaron tampoco

publicaciones de mujeres que se interesaron por estas cuestiones, como la obra de Edith Dean: *Todas las mujeres de la Biblia* (1955).

1. «Ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos de futuro» (Simone Weil)

Las principales aportaciones sobre la identidad y las funciones de las mujeres en los orígenes cristianos, sin embargo, han venido fundamentalmente de la mano de las biblistas e historiadoras feministas, desde hace unos cuarenta años (en torno a los años setenta). El terreno de la investigación bíblica con una *nueva mirada* estaba, no obstante, enriquecido desde hacía muchos decenios. Seguidamente presentaremos de manera sucinta un breve estado de la cuestión. El panorama que se abre a continuación es muy variado, y pone de relieve las diferentes metodologías utilizadas (además de la perspectiva feminista), así como los diversos «lugares», intereses, preocupaciones, etc., desde los que se accede a analizar la Biblia en general, y los orígenes cristianos, en particular. Además, los resultados de las investigaciones no siempre están en sintonía. No es objeto de esta publicación, sin embargo, valorar críticamente cada aportación concreta, sino ofrecer una panorámica de los principales hitos en el camino de la recuperación de las mujeres en la historia del cristianismo de los primeros siglos. El recorrido trata de centrarse en las aportaciones sobre los orígenes cristianos y las mujeres, pero, en algunos casos será necesario citar obras que no pertenecen estrictamente a este campo, pero que son hitos en el camino, necesarios para dar continuidad al recorrido realizado.

Entrelazando la diversidad, dos son los puntos en común de estas interpretaciones, a juicio de Amy-Jill Levine (2000): 1) defender

una perspectiva liberacionista que aspira a ser inclusiva, ecuménica y multicultural; y 2) reconocer el carácter político de las interpretaciones con respecto no solo a las mujeres, sino a todos los grupos y estructuras de opresión (clase, raza, etc.).

1.1. Un nuevo comienzo:

«tejer un nuevo paradigma de interpretación»

Los brotes germinales de una hermenéutica bíblica que no discriminase a las mujeres y favoreciese su liberación, hay que buscarlos en el siglo XIX (Sarah Grimké, Antoinette Brown, Frances Willard y Elizabeth Cady Stanton, con *La Biblia de las mujeres*). Ya desde este momento, exégesis y hermenéutica feminista (incipientes) se entrelazan con el reclamo de una emancipación de las mujeres en la historia presente. Las investigaciones no se realizan en abstracto, sino en sintonía con la experiencia contemporánea de las mujeres.

Pero, en realidad, no será **hasta los setenta** cuando comienzan a aparecer las primeras reflexiones que, utilizando las herramientas de la crítica histórica, discutirán cuestiones como si Jesús fue o no feminista (Leonard Swidler, 1971), analizarán pasajes bíblicos difíciles para las mujeres (M. Kathleen Lane, Winsome Munro y Martha Wilson, 1973), o se centrarán en la recuperación de mujeres concretas y los papeles que desempeñan tanto en el judaísmo como en el cristianismo (Elisabeth Meier Tetlow, *Mujeres y ministerio en el Nuevo Testamento: Llamadas a servir*, de 1980; Francis J. Moloney, *La mujer en el Nuevo Testamento*, de 1981). El objetivo fue recuperar lo que había sido ignorado o pasado por alto en los escritos bíblicos, así como contrarrestar los textos que eran usados «contra las mujeres», o revisar explicaciones androcéntricas de ciertos pasajes. No obstante, se buscaba contribuir con sus interpretaciones a una lec-

tura de los testimonios bíblicos que no perdiera la perspectiva liberadora del Dios cristiano. La debilidad de estos análisis reside en que en muchos casos se sobredimensionó la posición de las mujeres y sus aportaciones, olvidando las dificultades históricas concretas que vivieron, las implicaciones sociopolíticas que se tejen en las interacciones sociales, etc. Las críticas conducirán a análisis más cuidados de todas las implicaciones existentes.

A finales de los setenta y principios de la década siguiente, además de una exégesis crítica feminista, se recurre a nuevas herramientas metodológicas, como la crítica literaria y la teología de la liberación (paradigma utilizado por Letty Russel y Rosemary Radford Ruether). En estos años se van perfilando cada vez más unas aportaciones con nuevos horizontes, nuevas temáticas y técnicas de análisis e interpretación, fruto de una lectura crítica de la Biblia en perspectiva feminista y desde la óptica de las mujeres. Se comienzan a descubrir tradiciones perdidas y a corregir traducciones erróneas, se pone de manifiesto que los contextos patriarcales donde se desenvuelven las acciones no son el mensaje del texto, se criticarán los sesgos androcéntricos de las investigaciones y se redescubrirán nuevas dimensiones de los símbolos bíblicos y de los significados teológicos, etc. En esta etapa, las aproximaciones son diversas, pero podría decirse que se establece un diálogo crítico entre ellas, cuyo resultado es ir tejiendo procedimientos y herramientas metodológicas cada vez más cuidadosas. A pesar de todo, se busca que la Escritura sea relevante para la andadura de las iglesias en la que mujeres y varones puedan caminar conjuntamente.

En línea con los trabajos de Phyllis Trible, que busca examinar las interacciones entre las Escrituras hebreas y el Movimiento de Liberación de las mujeres, se sitúan algunos estudios de este momento en relación con nuestra temática, como el de Elizabeth Moltmann, *Las*

mujeres en el tiempo de Jesús (1982), probablemente la primera monografía de exégesis feminista en lengua alemana. Los trabajos de esta autora inspiraron otros que vinieron a continuación, como el de Ben Witherington III, *Las mujeres en el ministerio de Jesús* (1984).

En los comienzos de los ochenta, Elisabeth Schüssler Fiorenza comenzará su larga trayectoria sobre metodología crítica feminista publicando en primer lugar *En memoria de ella* (1983), donde planteará los presupuestos esenciales de una metodología crítica feminista, y a continuación, *Panes, no piedras. El reto de la interpretación bíblica feminista* (1984), una colección de seis ensayos sobre la misma temática, previamente publicados, y en la que insistirá en la llamada «hermenéutica de la sospecha» aplicada tanto a los contextos como a *todos* los textos bíblicos. Insistirá igualmente en la necesidad de hacer no solo un análisis sincrónico, sino también diacrónico, con el fin de determinar el efecto que un pasaje particular ha tenido. A estas obras le seguirán muchas otras publicaciones, que desarrollarán y profundizarán cuestiones metodológicas, entre las que destacamos *El poder de la palabra: Escritura y la retórica del imperio*, 2007.

En este período es importante señalar un hecho significativo en el marco del centenario de la Society of Biblical Literature (1980), una de las más importantes asociaciones de estudiosos de la Biblia, que contó por primera vez con una mujer como miembro en 1894 (Anna Ely Rhoads) y, en 1919, con la primera comunicación presentada por una mujer, Eleanor D. Wood, que versó sobre arqueología bíblica. En la memoria de esta asociación, donde se recogían los cien años de investigación exegética y bíblica, no se nombraba a ninguna mujer. La crítica y la reacción a este hecho se manifestaron en el panel que organizaron un grupo de estudiosas en el marco del encuentro de ese año centenario («Los efectos de los estudios de

las mujeres en los estudios bíblicos»). Los trabajos presentados (Phyllis Tribble, Dorothy C. Bass, Katharine Doob Sakenfeld, Mary K. Wakeman, Elizabeth Schüssler Fiorenza, Adela Yabro Collins, publicados en *JSOT* en 1982) dieron cuenta de los resultados de la exégesis y la hermenéutica feminista (en la *SBL* se contaba con aportaciones en este sentido desde los setenta), que ya entonces habían visto la luz y que, sin embargo, no habían sido reconocidos.

En estas dos décadas nos encontramos, por tanto, con una hermenéutica feminista que se va entretejiendo con los distintos análisis y herramientas metodológicas (histórico-críticas, retóricas, narrativas, antropológicas y sociológicas), no de una manera acrítica, sino contribuyendo al enriquecimiento de sus procedimientos.

Y, en concreto, con respecto a los primeros siglos del cristianismo, las investigaciones revelan que las mujeres no fueron ni marginales ni pasivas, sino que colaboraron activamente con los varones en la construcción de la *ekklesia*, y en la evangelización y extensión del cristianismo, y que es posible reconstruir parte de sus vidas, de sus luchas y sus aportaciones, a pesar de su ocultamiento en las fuentes.

1.2. Críticas de antijudaísmo a los posicionamientos feministas cristianos

A finales de los setenta y en la década de los ochenta, se publican también estudios de feministas judías que critican con fuerza el antijudaísmo presente en los posicionamientos de las feministas cristianas. Conviene destacar dos artículos pioneros: uno de Judith Plaskow, «Culpar a los judíos del nacimiento del patriarcado» (1982), y otro de Susannah Heschel, «Teología feminista judía y antijudaísmo en la teología feminista cristiana» (1988). En ellos

censuran esas reconstrucciones de Jesús y su tiempo, así como de los orígenes cristianos, que tratan de ser liberadoras para las mujeres y que, al mismo tiempo, las contraponen al judaísmo, al que tachan de haber mantenido el patriarcado y el dominio sobre las mujeres. Ambas autoras destacan que esas interpretaciones están además plagadas de estereotipos sobre el judaísmo que no responden a la realidad histórica. El punto de partida, en general implícito, es defender la novedad absoluta del cristianismo, describiendo el movimiento de Jesús en términos de liberación de los lazos opresores que el judaísmo imponía sobre las mujeres (y, en general, de los demás grupos religiosos o sociales).

Entre los ejemplos de estudios criticados por las feministas judías puede citarse la interpretación del pasaje de la mujer con flujo de sangre que realiza Monika Fander en su obra, *Las mujeres en Marcos* (1989). La autora analiza este milagro situando la impureza como el tema central del mismo, y apoya sus conclusiones en una reconstrucción histórica de las prescripciones de pureza ritual desde el Levítico a los tiempos de la *Misná*. Según ella, la curación de Jesús supone una liberación de estas normas, de tal modo que la lógica de la impureza ya no es vinculante para la comunidad cristiana, que organiza su propio espacio interno al margen de las normas sociales y religiosas imperantes. Una interpretación semejante defiende Marla J. Selvidge (1990).

A esas críticas seguirá una amplia discusión en los círculos estadounidenses primero (Bernadette J. Brooten, Ross Kraemer y Elizabeth Schüssler Fiorenza) y luego en Alemania (Luise Schottroff y Marie-Theres Wacker). De manera especial, la controversia en Alemania estuvo muy conectada a su historia reciente. El debate abierto contribuirá igualmente con conocer e incorporar las investigaciones de las feministas judías. Entre estas últimas cabe destacar a Tal Ilan.

Fruto del diálogo, y especialmente en el área de Estados Unidos, surgen muchas investigaciones históricas que tratan de reconstruir las vidas de mujeres judías, cristianas y paganas, en el período del Segundo Templo, con el fin de reformular más adecuadamente la imagen del movimiento de Jesús. Se pretende así salir al paso de lo que Amy-Jill Levine (1990) calificó de «mala exégesis», «mala historia» y «mala teología». Entre las obras que cabe reseñar están la de Bernadette J. Brooten, *Mujeres líderes en la Antigua sinagoga: Evidencia en las inscripciones y cuestiones de background* (1982); «Historia de las mujeres judías en el período romano: Una tarea para la teología cristiana» (1986), o también de Ross S. Kraemer, «Mujeres helenísticas judías: evidencia de las inscripciones» (1986); *La parte de ellas en las bendiciones: Las religiones de las mujeres entre paganos, judíos y cristianos, en el mundo grecorromano* (1992); y mucho más reciente: «Mujeres judías y el judaísmo(s) de las mujeres en el comienzo del cristianismo» (1999). Se pasa de considerar el movimiento de Jesús como contrapuesto al judaísmo a plantearlo como una «opción alternativa».

Todavía, no obstante, Amy-Jill Levine, en su artículo «El evangelio de Mateo: Entre ruptura y continuidad» (2011), sigue denunciando algunas exégesis de los últimos años que muestran «errores de lectura del contexto judío», basados en estereotipos negativos del judaísmo, especialmente en lo relativo a las mujeres, y analiza varios ejemplos recientes sobre el evangelio de Mateo.

1.3. Mundo grecorromano y vida de las mujeres

A partir de finales de los setenta y principios de los ochenta, se incorporan igualmente las investigaciones históricas sobre las féminas en el mundo antiguo, que a partir de entonces aportarán mucha luz a la

vida de las mujeres cristianas de los siglos I-II. Los creyentes en Cristo, mujeres y varones, participaron de la realidad sociocultural del Mediterráneo del período helenístico romano. El conocimiento de fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas (especialmente aquellas menos ideologizadas, como inscripciones, amuletos, etc.) han constituido una ayuda insustituible para la reconstrucción de las vidas femeninas en los diferentes grupos cristianos de los siglos I-II. Pero, además, han revelado que las vidas ordinarias de las mujeres creyentes no se separó tanto de las de otras mujeres mediterráneas, ni que sus papeles de dirigencia fueran tan radicalmente distintos de los que otras féminas ejercían en la vida de las asociaciones, o en otros cultos religiosos.

Destacamos algunas de las obras más significativas y más ampliamente citadas: Sarah B. Pomeroy, *Diosas, ramera, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad clásica* (1975); íd., *Mujeres en el Egipto helenístico desde Alejandro a Cleopatra* (1984); Kelly Heyob, *El culto a Isis entre las mujeres en el mundo grecorromano* (1975); Elizabeth Lyding Will, «Roles de mujeres en la Antigüedad: Nuevas perspectivas arqueológicas» (1980); Ross S. Kraemer, «Éxtasis y posesión: La atracción de las mujeres al culto de Dionisios» (1979); «Mujeres en las religiones del mundo grecorromano» (1983), y la importantísima obra de fuentes editada por Mary Lefkowitz y Maureen B. Fant, *Mujeres en Grecia y Roma*, 1971, además de la de fuentes primarias traducidas, *La vida de las mujeres en Grecia y Roma. Libro de fuentes traducido* (1982).

1.4. La aportación de las ciencias sociales

A partir de la década de los años setenta, se relanza también el interés sobre los estudios de historia social sobre el cristianismo de los

orígenes (ensayos de Theissen publicados entre 1973 y 1979), John Gager (1975), Scroggs (1975) y Meeks (1983).

La incorporación de herramientas sociológicas y antropológicas contribuyó igualmente a un mejor conocimiento de la tradición cristiana (Bruce J. Malina, John Elliott, Jerome H. Neyrey, etc.), ofreció nuevas e importantes vías que enriquecieron las investigaciones exegéticas en general, y los estudios sobre las mujeres bíblicas y el mundo en el que viven, en particular. Con la ayuda de las ciencias sociales y la antropología se comienzan a reconstruir los *implícitos culturales* compartidos por el autor y sus destinatarios primeros.

No obstante, las críticas desde distintos ámbitos de la investigación, y también desde el mundo feminista han obligado a una revisión de algunos presupuestos, lo que ha repercutido favorablemente en el conocimiento de la historia de los orígenes del cristianismo como una historia de mujeres y varones: 1) entender cómo las sociedades mediterráneas se estructuran por las distinciones, separaciones y asociaciones que se establecen en la existencia y en las relaciones cotidianas, incorporando las claves de sexo y género para comprender adecuadamente estos procesos (Carolyn Osiek, 2011). 2) El sistema de creencias, valores y normas del mundo mediterráneo antiguo no puede ser entendido y mucho menos aplicado de una manera excesivamente rígida, uniforme y monolítica, sin tomar en cuenta suficientemente las particularidades asociadas a la zona, la época o el grupo étnico o social de que se trate, ni ignorando las diferencias existentes entre varones y mujeres, o analizándolas con un modelo de género tan estático como la imagen de la sociedad mediterránea antigua que presentaban, con pretensión, además, de reflejar la realidad (Carolyn Osiek, 1998). 3) Es preciso tener en cuenta la complejidad de la vida real y es preciso incorporar los pun-

tos de vista de hombres y mujeres, esclavos y libres, campesinos y gente de ciudad, etc., para validar cualquier modelo conceptual elegido. El sistema de valores y creencias (honor y vergüenza, patronazgo, público-privado, etc.) no puede ser aplicado como una *normativa* que afecta al comportamiento de hombres y mujeres según su propia naturaleza, sino como un *marco de referencia* que sirve para desenvolverse y negociar en las interacciones sociales. Solo de esta manera no se uniformarán las vidas de las mujeres y se ocultará la diversidad de estilos y formas que tuvieron de encarar sus existencias, según la zona, la clase social o su peculiar manera de afrontar la existencia. 4) No es posible utilizar solo textos literarios, vinculados a las élites sociales, porque esto contribuyó a creer que la práctica social se ajustaba a *sus* ideas de la misma y que, en concreto, la visión que ofrecían de las mujeres reflejaba sus experiencias, y no la imagen que de sus emociones, capacidades y enfermedades tenían los varones que los escribieron. 5) Es fundamental superar la oposición entre voluntarismo y determinismo, presente en algunas investigaciones desde las claves culturales mediterráneas y, para ello, es básico reconocer la dualidad que está implicada en cada acto de reproducción social, y cómo cada sujeto –incluidas las mujeres– tiene capacidad de transformar su realidad.

En este sentido, cabe citar algunas obras significativas: Margaret Y. MacDonald, escribe una novedosa monografía, *Las mujeres en el cristianismo primitivo y la opinión pagana* (1996). En ella trata de estudiar los testimonios literarios de los críticos del cristianismo de los orígenes, vinculándolos con los textos cristianos primitivos que se refieren a la opinión que los paganos tienen de ellos. De esa manera, la autora logra poner de relieve como las mujeres están en el centro de las críticas paganas, tanto de las élites, como del resto de la población. En su investigación pone de relieve las creencias y valores

sociales que conformaban la opinión pagana sobre las mujeres y la enseñanza de la Iglesia primitiva, ayudándose de las categorías antropológicas del mundo mediterráneo antiguo.

En segundo lugar, uno de los libros más significativos, que utilizando los estudios de historia social antigua (especialmente romana) y las principales claves culturales del mundo antiguo, ha contribuido recientemente a enriquecer considerablemente la visión de las mujeres en los primeros grupos de creyentes, es el de Carolyn Osiek, Margaret Y. MacDonald y Janet H. Tulloch, *El lugar de la mujer en las iglesias domésticas* (2006). Su investigación ha desvelado aspectos importantes sobre el papel de las mujeres ordinarias en la vida de las iglesias domésticas, frecuentemente innominadas, como muchas esposas, viudas, amas de cría o esclavas. Las autoras han mostrado su relevancia para la construcción de la *ekklesia* y la extensión del evangelio, a través de sus tareas en el culto, el ejercicio de la hospitalidad, el patronazgo, la educación, la comunicación, los servicios sociales, la evangelización y la misión. La obra responde a un creciente interés en presentar una imagen de las mujeres en los comienzos del cristianismo que no establezca dicotomías entre las mujeres casadas y célibes, porque eso puede distorsionar la evidencia histórica (MacDonald, 1996).

En el año 2010, Kathleen E. Corley publica su libro *Maranatha. Ritos funerarios de las mujeres y los orígenes del cristianismo*. La documentada investigación realizada por la autora es fruto de muchos años de estudio, y comienza cuando publica su libro *Las mujeres y el Jesús histórico* (1993). En uno de los capítulos avanza la hipótesis que desarrolla ampliamente en esta obra de 2010: «el contexto litúrgico de los banquetes y las lamentaciones fúnebres de la mujeres es el mejor ámbito de la vida (*Sitz im leben*) para resolver numerosos problemas complejos sobre los orígenes cristianos. La obra creativa de

mujeres corrientes dio origen a la formación de la primitiva comunidad cristiana». La autora defiende, en concreto, que el núcleo de la tradición tras el relato de la pasión es bastante antiguo y remontaría a un contexto litúrgico en el que las mujeres tenían un papel central con sus lamentos. En ellos hacían memoria de la vida y las causas de la muerte de Jesús, y conmemorarían su presencia, probablemente con un banquete. Su investigación cuenta con una amplísima documentación sobre el papel de las mujeres en los contextos funerarios de la tradición griega, romana y judía, incluso en la Palestina del siglo I. Con ella confrontará los datos neotestamentarios para concluir que esta práctica funeraria común y la conexión de las mujeres con los funerales y los banquetes se refleja en ellos. En base a estas prácticas del mundo mediterráneo, la autora concluye que «la tradición prepaolina sobre el Jesús que “resucitó” y “apareció”... “al tercer día”, puede explicarse a partir de las prácticas funerarias de las mujeres y de sus lamentos realizados “al tercer día” de la muerte».

En el área española señalamos la monografía de Elisa Estévez *Mediadoras de sanación* (2008), en la que utilizando herramientas exegéticas, teológicas y de antropología médica, se analizan los encuentros sanadores entre Jesús y las mujeres transmitidos en los evangelios, destacando el papel de estas mujeres como sujetos activos en su propia curación y en la de otras personas. Se presentará una referencia más amplia de esta obra en la última parte de este libro.

1.5. El acceso a las fuentes primarias

En los últimos decenios destacan una serie de obras que constituyen una ayuda insustituible para la reconstrucción de la vida de las mujeres en los albores del cristianismo. Nos referimos a las publica-

ciones sobre fuentes primarias traducidas, en las que en alguna ocasión se aportan los textos además en su lengua original. Entre ellas, la obra de Anne Jensen, *Mujeres de los primeros siglos cristianos* (2002), donde presenta una antología de textos griegos y latinos con sus traducciones correspondientes, se centra especialmente en aquellos que no destacan por su visión negativa de las mujeres. Los clasifica según las funciones desempeñadas por las féminas cristianas: apóstoles, profetisas, enseñantes, esposas y madres. En el 2006, Patricia Cox Miller publica una colección de textos cristianos griegos de los cinco primeros siglos, traducidos al inglés. Los clasifica según las categorías que ya hemos visto en Anne Jensen, pero añade además, mártires, ascetas, viudas, diaconisas, hermanas y termina con una serie de documentos sobre imaginería y símbolos teológicos (Eva, María, Dios como madre, la Iglesia personificada como mujer, etc.).

Por su parte, Kevin Madigan y Carolyn Osiek, reúnen ordenadamente las fuentes existentes sobre las mujeres ordenadas en la iglesia durante los seis primeros siglos: diáconos y presbíteras (*Mujeres ordenadas en la Iglesia primitiva. Una historia documentada*, 2005). Su recopilación completa, como ellos mismos explicitan, los trabajos previos de: George Martimort sobre las mujeres diáconos (1982), y el de Ute Eisen, *Mujeres con oficios de autoridad en el cristianismo antiguo: Estudios epigráficos y literarios* (2000), sobre las ascetas cristianas, entre otros. Ute Eisen había realizado un estudio exhaustivo sobre las evidencias literarias, papirológicas y epigráficas de los oficios realizados por las mujeres en la Iglesia antigua y en la época medieval, en las comunidades cristianas presentes en Asia Menor, Grecia, España, Egipto, Sicilia, Italia, Palestina y Yugoslavia. En todos estos estudios se pone de relieve que los títulos que reciben las mujeres no son por ser esposas de un varón que desempeñe tal función, si-

no que lo reciben por derecho propio. Estas obras han contribuido así a destacar a estas féminas como sujetos activos de la historia en las primeras comunidades cristianas, así como a subrayar las importantes funciones que desempeñaron.

2. Jalones en el proceso de reconstrucción de las vidas de las mujeres en los orígenes cristianos

El libro de Elizabeth Schüssler Fiorenza, *En memoria de ella* (1983), es una obra pionera que se adentra de manera sistemática en la reconstrucción crítica de los orígenes cristianos, recuperando el papel que las féminas tuvieron en ellos. Para ello no se valdrá exclusivamente de los escritos del Nuevo Testamento, sino que tomará otra literatura no canónica (apócrifos, escritos gnósticos, etc.). La misma autora dice en la introducción que pretende «reescribir» a la mujer en la historia del cristianismo primitivo», lo que llevará necesariamente a «restituir a la mujer esa parte de su historia» y a una «comprensión más fecunda y más precisa de los orígenes cristianos» como una historia de mujeres y varones. A esto dedicará la segunda y tercera parte de su monografía, comenzando por el movimiento de Jesús, y reconstruyendo críticamente la actividad misionera de la primera iglesia, la visión de Gálatas 3,28, y revisando las luchas de las mujeres cuando se instaura en la iglesia el orden de la casa patriarcal (códigos domésticos de: 1 Pedro, Efesios, Colosenses), terminando con la función de las cartas Pastorales y otros escritos del siglo II. La cuarta parte de su trabajo concluirá de manera breve con lo que ella misma denominó «Hacia una espiritualidad bíblica feminista», en la que pondrá los cimientos de un concepto que seguirá ahon-

dando con los años, «la *ekklesia* de las mujeres», y en la que se decantará por una reconstrucción diferente de los orígenes cristianos por las implicaciones que tiene en la vida de las mujeres en el presente. La autora misma lo explicitará afirmando que «el evangelio... es la proclamación comunitaria del poder vivificante del Espíritu-Sofía y de la visión de Dios de una comunidad y un mundo alternativos... el Evangelio llama a la existencia a la Iglesia en tanto que discípulado de iguales, continuamente recreado en el poder del Espíritu».

Su obra es el punto de llegada de una investigación, que la autora desarrollaba de manera sistemática desde hacía varios años, de sus intercambios con otras colegas, de sus clases y de haber presentado y debatido algunas de las temáticas en distintos foros e instituciones, e incluso de haber visto rechazado algún artículo, como el que escribió para el homenaje de Rudolf Schnackenburg, y que sería publicado en 1980 en el volumen editado por Willy Schottroff y Wolfgang Stegemann, *Mujeres en la Biblia*.

La investigación de Elizabeth Schüssler Fiorenza, hecha desde una clara perspectiva feminista, supone un hito muy importante, pero su aportación hay que valorarla en *contexto*. Por *un lado*, la obra se insertaba en la proliferación de estudios sobre las mujeres que se estaban ya haciendo en distintas áreas, y en el mundo académico: historia, filosofía, antropología, etc., y que aportaron método, cuestiones, y luces a los estudios del cristianismo, y de las mujeres cristianas en particular, que se habían hecho hasta ese momento.

Por *otro lado*, otras muchas autoras estaban aportando igualmente los resultados de su investigación en artículos o libros: Rachel Conrad Wahlberg, *Jesús de acuerdo a una mujer* (1975), o la misma Alice Dermience, en un magnífico estudio crítico literario de la perícopa

de la sirofenicia en Marcos (1977). Así también Luise Schottroff, «Las mujeres que siguieron a Jesús en los tiempos del Nuevo Testamento» (1980); íd., «María Magdalena y las mujeres en la tumba de Jesús» (1982), o el artículo sobre los modelos que representan Tecla y las mujeres en los Hechos de Pablo (1980). De este momento es también el libro de Stephen L. Davis, *La revuelta de las viudas* (1980), que se decantará por una autoría femenina de los Hechos de Pablo y Tecla.

Pero, *también*, la obra de Schüssler Fiorenza supuso una apuesta decidida por dar carta de ciudadanía a estos estudios en los marcos académicos, que se mostraban reacios y los consideraban banales, marginales y hasta sospechosos.

A partir de esta década, en los treinta años siguientes, verán la luz muy variados y sugerentes estudios y monografías, cuyas perspectivas de análisis crítico feminista no pueden ser uniformados. De una primera etapa mucho más centrada en recuperar las vidas concretas de las mujeres en los albores del cristianismo, pasamos a otra en la que se debaten las grandes cuestiones de contenido, revisando tanto las perspectivas androcéntricas de los textos como las interpretaciones contemporáneas. Por otra parte, de un entusiasmo y optimismo inicial en el que se creía que era posible recuperar muchos más elementos objetivos y claros sobre las vidas de las mujeres en los textos paleocristianos, se fue pasando a un mayor pesimismo. Los estudios retóricos y literarios fueron mostrando que era muy arriesgado pasar del texto a la realidad histórica (Judith Lieu, 1998), ya que las mujeres aparecen en los documentos en función de los intereses de los varones. Ahora bien, donde surge la dificultad, de nuevo se abren vías alternativas, como la que ensayan MacDonal y Osiek (2006), tratando de sopesar bien los testimonios textuales y los indicios arqueológicos, epigráficos o provenientes del mundo del arte.